

TRIBUTO A LA BANDA DE LOS CORAZONES SOLITARIOS

(20 historias inspiradas en canciones de los Beatles)



1 / NO TE VAS A PONER A LLORAR POR ESO (“THIS BOY”)

Alita llama por teléfono a las 5 de la mañana a Senel. Los dos tienen 16 años.

Alita: “Te desperté”.

Senel: “No. Me agarraste escribiéndole un poema al Cholo Vallejo”.

Alita: “Uh. Perdoname”.

Senel: “Pero no te vas a poner a llorar por eso”.

Alita (después de sonarse varias veces la nariz): “Es que tenías razón. Leandro es un soberbio hijo de puta”.

Senel (agarrando y prendiendo un cigarrillo con una sola mano): “Qué pasó”.

Alita: “Todo lo que me dijiste que me podía pasar. Fue el domingo. Aunque te equivocaste en algo: el beatlecito no me quiso jamás”.

Senel: “Y sin embargo en las últimas misas te venía junando como si fueras la Virgen”.

Alita: “No jodas con la misa. Lo que pasa es que vos sos tan fanático que no te das cuenta de que en el colegio casi nadie cree en nada: lo único que les importa es tener una nota pasable en religión. No tendría que existir esa materia de mierda”.

Senel (estirándose en la cama y mirando el lugar descascarado de la pared que agarró a patadas la noche que la muchacha le pidió que dejaran de ser novios porque se había enamorado del beatlecito): “¿Pero te acordás que el día que tomamos la comunión me abrazaste para decirme ‘La fe te la debo a vos’? Bueno, todavía eras muy chica”.

Alita: “Y nunca había conocido a un pibe más parecido a Jesús que vos”.

Senel: “Eso también me lo dijiste la primera vez que me la chupaste”.

Alita: “Pero además solamente vos podías ser capaz de serruchar hasta lastimarte sin pedirme que me dejara de tapar la concha como una tarada. Aunque nunca entendiste que eso no lo hacía solamente por miedo a que me desvirgaras”.

Senel (aplastando el filtro quemado del cigarrillo): “Dios mío. Así que el Lennon de la clase te obligó a cojer de verdad. En menos de dos semanas”.

Alita (tosiendo cavernosamente): “No. Fui yo la que le pedí que me destripara. Siempre me pareció muy raro que no me preguntaras por qué te obligaba a hacer aquella payasada”.

Senel (sosteniendo el teléfono con un hombro y agarrándose las manos): “¿Te dolió mucho?”.

Alita: “No. Sangré apenas. Y además me hice la fantasía de que estaba cojiendo con John Lennon de verdad y tuve un orgasmo salado. Y al otro día el loco me llamó para decirme que estaba confundido y que ya no le interesaba ser mi novio. Pero lo que yo quería contarte es por qué te obligaba a hacer aquella boludez que casi te enloquece”.

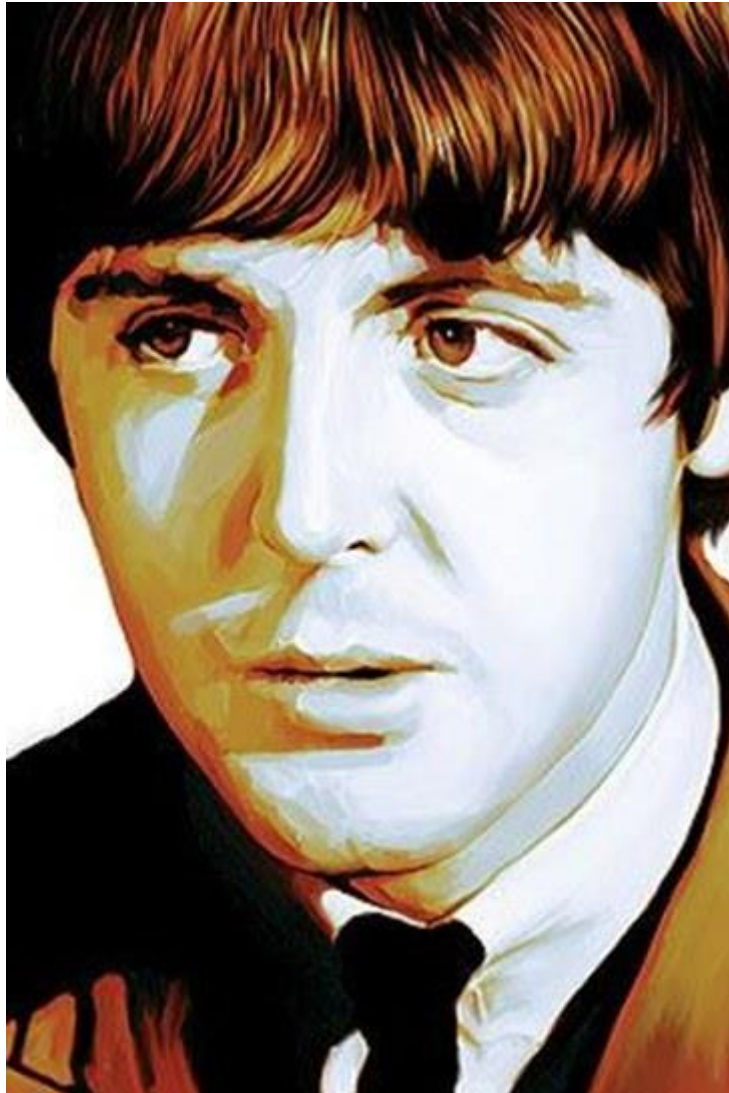
Senel (prendiendo otro cigarrillo con un jadeo bronquítico): “Okey. Contame”.

Alita: “Porque no quiero ser de los que piensan que la vida es la cruz. Y ustedes los creyentes son muy contagiosos. ¿Vos estás seguro de que vas a seguirme queriendo, como me decías cada vez que me llamabas para avisarme que Leandro me iba a joder?”.

Senel: “Ya sabés la respuesta, mi amor. Che: me imagino que el beatlecito por lo menos tuvo la delicadeza de usar un condón después de haberle robado la mujer al prójimo”.

Alita: “Claro. Se lo compré yo misma. ¿Y ahora por qué estás llorando vos?”.

2 / TE HUBIESES HECHO FAMOSO DEL TODO (“YESTERDAY”)



La escribana Rosalba Rial (42 años), esposa del escritor Antonio Acerenza (50 años) toma el té con su hija Fiama (22 años), que cursa tercer año de Psicología.

Fiama: “¿Y qué fue lo que enloqueció tanto al tío Milton? Vos estabas allí”.

Rosalba: “Sí, pero yo ya hace muchos años que no le doy bola a esos análisis obsesionados que vive predicando tu padre. Él se siente el dueño del mundo, de verdad”.

Fiama (largando una risita y mordiendo un bizcocho): “Bueno, el tío Milton no se le queda muy atrás. Aunque es por haber hecho tanta guita. Los publicistas parecen tener mucha cultura pero son pura cáscara”.

Rosalba (agarrándose el entrecejo para concentrarse): “Creo que lo primero que le cayó pesado fue que mientras tomaban el primer whisky tu padre empezara a hablar de la estirpe artiguista de Torres García y Obdulio Varela”.

Fiama: “¿Estirpe artiguista?”.

Rosalba: “Y encima alardeando de que hace poco el director del museo le dio la razón. Porque Torres se fue a Cataluña con los padres a los 17 años y había vivido en contacto con los gauchos que descargaban la mercadería donde ahora está el Palacio Legislativo”.

Fiama: “Ah, esa la saco: y cargaba con el inconsciente colectivo matrero, etc. Y el Negro Jefe porque en Maracaná se le ‘consteló’ la ‘personalidad mana’ que estudió tanto Jung. No está mal. Aunque tirar toda esa fruta teórica en un asado es muy pedante.

Rosalba: “Pero el lío se armó mientras bajábamos el postre con Florencia. Porque de golpe Milton dijo que él creía en el Dios de Spinoza igual que Einstein, y Antonio le aclaró que Spinoza era ateo y nombraba a Dios por astucia y que Artigas en Ibiray leía a un Marqués católico que explicaba esa farsa. Y el tío le preguntó si él creía que sabía más de filosofía que Einstein y tu padre dijo: ‘Lamentablemente, sí. Y que Freud también’”.

Fiama: “Pa, qué bajón. ¿Y vos pensás que lo mandó a la mierda para siempre?”.

Rosalba: “Yo diría que ‘nos’ mandó a todos dictatorialmente a la mierda, aunque al final tu padre le dio un beso en el jardín y Florencia me pidió disculpas en secreto. Milton nunca se quiso analizar y siempre tuvo esos ataques de prepotencia. Claro que ser el hermano menor de un novelista homenajeado en La Sorbona debe costar muchísimo”.

En ese momento aparece Antonio en la puerta de la cocina y anuncia: “Acabo de darme cuenta que Paul McCartney le escribió ‘Yesterday’ a la madre, porque a los trece años la hizo llorar diciéndole una guarangada y la pobre mujer se murió enseguida y su niño interior se siguió sintiendo culpable toda la vida. Hay que verle la cara cuando la estrena solo en un teatro, pobrecito. ¿Se dan cuenta que la ‘she’ del estribillo no era la novia?”.

Rosalba (levantándose sin terminar el té): “Perdón. Yo tengo que bañarme”.

Fiama: “Buenísimo, papá. ¿Y por qué no llamás a Liverpool para avisarle a Paul?”.

Antonio: “Es que él escribió la canción sin darse cuenta pero después lo reconoció en público a los pocos años. Acabo de googlearlo”.

Fiama: “Okey. Pero si el tío Milton te vuelve a invitar a comer un asadito mejor no se lo cuentas. Y qué pena que no hayas descubierto la verdad antes que McCartney, porque te hubieses hecho famoso del todo, que es lo único que te importó en la vida”.

3 / HAMACAS VACÍAS (“FOR NO ONE”)



19 de abril de 2014. El pintor Paco Ramil (23 años) llega de la calle y avanza rápidamente hasta el dormitorio donde su esposa, Noelia Musto (21 años) está tirada boca arriba con la cabeza cubierta por una sábana.

Paco: “Te esperé una hora en el Lawn, mi amor”.

Noelia (sin desamortajarse): “¿Te entregaron las fotos?”.

Paco: “Sí. Te las dejo en la mesa de luz. Acordate que el concierto empieza a las ocho. Mi padre consiguió cuatro entradas en la Olímpica, pero conviene llegar antes para no quedar muy lejos de la pantalla gigante. La otra vez fue difícil”.

Noelia: “Todavía no me bañé”.

En ese momento suena el teléfono fijo que está en la cocina y el muchacho melenudo corre a atender y enseguida se encierra en el baño murmurando: “¿Todo bien, viejo?”.

Padre de Paco: “Bancándola. Pero vos parece que me hablaras desde adentro del water”.

Paco (riéndose irónicamente): “Bueno, la verdad es que acabo de sentarme en el water para poder hablar en secreto”.

Padre: “¿Siguen mal las cosas?”.

Paco: “No, peor. Es como estar viviendo con un fantasma. Creo que van a terminar yendo ustedes solos al segundo desembarco de McCartney”.

Padre: “Qué lástima que la gente tenga que sufrir tanto. Ahora ya no te queda otra que aprender a dejar de querer a Noelia. Y mirá que yo nunca pude abandonar a tu madre”.

Paco: “Esto es distinto, viejo. Mamá estará muy loca pero sigue queriéndote. Noelia se pasa el día llorando por nadie. Ya que hablamos de McCartney”.

Padre: “No te olvides que todavía no pasó un mes desde el asesinato”.

Paco: “Pa. Ayer estuve releendo ‘Colinas como elefantes blancos’ de Hemingway y me dieron ganas de hacerme un harakiri en cada huevo”.

Padre: “Bueno, si todavía sos capaz de inventar esos chistecitos no debés estar tan mal. Capaz que es porque los crímenes de Herodes ya no se consideran crímenes”.

Paco: “Achicala, Bergoglio. Acá hubo mutuo acuerdo”.

Padre: “Sí. Como en los divorcios. Todo legal. Y a llorar al cuarto de baño”.

Paco: “Okey. Preciosa homilía. Pero ahora tengo que colgar porque se me empezó a partir en cuatro la cabeza y creo que Noelia se decidió a ducharse. Capaz que le vinieron ganas de ir al concierto”.

El muchacho va a la cocina y deposita el teléfono inalámbrico en la base mientras su esposa prende un cigarrillo con los ojos muy rojos.

Paco (señalando el sobre que ella había apoyado contra un florero lleno de margaritas mustias): “¿Se pueden ver las fotos?”.

Noelia: “Claro. A lo mejor te inspiran para pintar algo. Son hamaquitas vacías. Las saqué ayer, mientras volvía del Museo”.

Paco (sacando una botella de vino y un sachet de aspirinas del armario): “Entonces preferiría no verlas”.

Noelia (fabricando una voz de niña en falsete): “¿Por qué me mataron, papá?”.

4 / LA LOCA DEL ARROZ (“ELEANOR RIGBY”)



para Ana María Rodríguez Giovanetti

25 de febrero de 2021. En plena pandemia, el padre Richard Arbe (42 años) visita al padre Senel Paz (44 años), y lo encuentra leyendo “Franny y Zooey” de J. D. Salinger.

Richard: “Vengo a pedirte perdón por no haber podido acompañarte en el entierro de Ángela. Me imagino que terminaste leyendo el sermón completamente solo”.

Senel: “Pero para mí fue un alivio, y estoy seguro de que por lo menos ella me escuchó. Entrá y sacate el tapabocas tranquilo. Tengo caña con butiá”.

Richard (después de sentarse contemplando el póster de Jesús inspirado en la Sábana Santa): ¿Hacía cuánto tiempo que Ángela vivía en la parroquia?

Senel (llenando dos copitas): “Un poco más de un año. ¿Te acordás que apareció antes que empezara la pandemia? Y recién cuando vino a saludarme me di cuenta que era la maestra que tuve en cuarto y en quinto. La mejor del mundo”.

Richard: “¿Vos sabés que al final nunca supe qué hacía con el famoso arroz que juntaba en los casamientos?”.

Senel: “Lo barría y lo embolsaba como si fuera maná. A Seymour Glass eso lo hubiese extasiado, pero a la gente ni siquiera le daba lástima. Se reían de ‘la loca del arroz’, nomás. Y yo me prometí no explicarle a nadie que Ángela Vigorito se casó un viernes por civil y enviudó al otro día. En 1955. Nunca le llovió arroz. ¿Entendés?”.

Richard: “Claro. Mater Deus, qué rica está la caña”.

Senel: “La preparaba ella. Y hasta me enseñó a coserme bien las medias. ¿Alguna vez tuviste que ir a enterrar a alguien en los tubulares del Cementerio del Norte?”.

Richard: “No. Debe ser horrible”.

Senel: “Te hace acordar a Bartleby. Porque los muertos que no tienen panteón quedan muy poco tiempo allí y los parientes les dejan mensajes clavados en una palmera que hay lado del crematorio y se forma una especie de cañada color ceniza donde terminan flotando como barquitos”.

Richard: “¿Y fue ella la que te pidió para vivir en la parroquia?”.

Senel: “No, se lo sugerí yo. Porque la trajo una especie de cuidadora muy bruta y me di cuenta de que la familia no la soportaba. Fijate que todos los meses le mandaban la jubilación pero nunca apareció nadie a verla. Y yo te puedo asegurar que ‘la loca del arroz’ siempre fue una santa. Porque a un compañero que había nacido con los órganos cambiados y faltaba muchísimo a la escuela le daba clases fuera de hora y terminó haciéndolo tomar la comunión, una semana antes de que muriera”.

Richard: “Lo increíble es que hayas vuelto a encontrarla”.

Senel: “La verdad es que yo no sé quién encontró a quién. Porque los corazones que aprenden a esperar solos se reconocen enseguida entre ellos. Pero todavía te falta saber que Ángela me pidió que la enterrara envuelta en un viejísimo vestido de novia”.

Richard (iluminándose): “Claro. El que nunca había podido usar”.

Senel: “Porque siguió esperando toda la vida al Esposo. ¿Entendés?”.

Richard termina la copita y se vuelve a poner el tapabocas con los ojos posados en el Jesús sindónico.

5 / LOS MÁS LINDOS DEL BAILE (IF I FELL)



Hotel Oceanía. 1 de junio de 1968. Daniel Freiría (16 años) saca a bailar a Fibi Canfield (15 años) en el momento en que empieza a sonar una balada romántica de los Beatles.

Daniel (encorvándose para pegar su mejilla contra la de la muchacha): “Me moría por bailar esta canción contigo. ¿Conocés la letra?”.

Fibi: “Me la sé de memoria. Aunque hay una parte que me da ganas de llorar”.

Daniel: “A mí me hace pensar muchísimo en vos. Y es porque dice exactamente todo lo que tengo para confesarte desde que rompiste con Fede. Ahora somos dos nuevos integrantes de la banda de los corazones solitarios”.

Fibi (señalando a la compañera de clase que está festejando sus 15 años): “¿Viste qué precioso le quedó el vestido a Loreley?”.

Daniel: “Vos sos mucho más linda”.

Fibi: “Y vos sos mucho más lindo que el rebotero de Unión Atlética que te la sacó”.

Daniel: “Pero a mí por lo menos me sirvió para aprender que el amor es mucho más que agarrarse de la mano. Hay que dar el corazón”.

Fibi (mientras Daniel la aprieta hasta hacerle sentir su erección): “Tranquilo, George Harrison. Estás tomando sidra sin parar desde que empezó el baile”.

Daniel: “Y vos hace rato que me estás mirando como si yo fuera un helado”.

Fibi: “La joda es que vos mirás a medio mundo así. Igual que el padre de Lore, que ya antes de empezar el baile estaba borracho. Como todos los días. Viven en un infierno”.

Daniel: “¿Y por eso tenía que traicionarme?”.

Fibi: “No. Te dejó por mentiroso. Porque sos igual que Fede. Al principio nos ofrecen el corazón y al final entendés que lo único que querían era desnudarnos”.

Daniel: “¿Y vos te dejabas desnudar?”.

Fibi: “Esas son cosas mías”.

En ese momento Daniel le empieza a besar el cuello y cuando le mete la lengua en una oreja ella cierra los ojos y murmura: “Quieto. Por Dios”.

Daniel: “Ah. Estás acabando, puta. Preguntale a Loreley qué rebotero la hace acabar más rápido. ¿No te das cuenta que nosotros dos nos necesitamos de verdad? Somos los más lindos del baile, mi amor”.

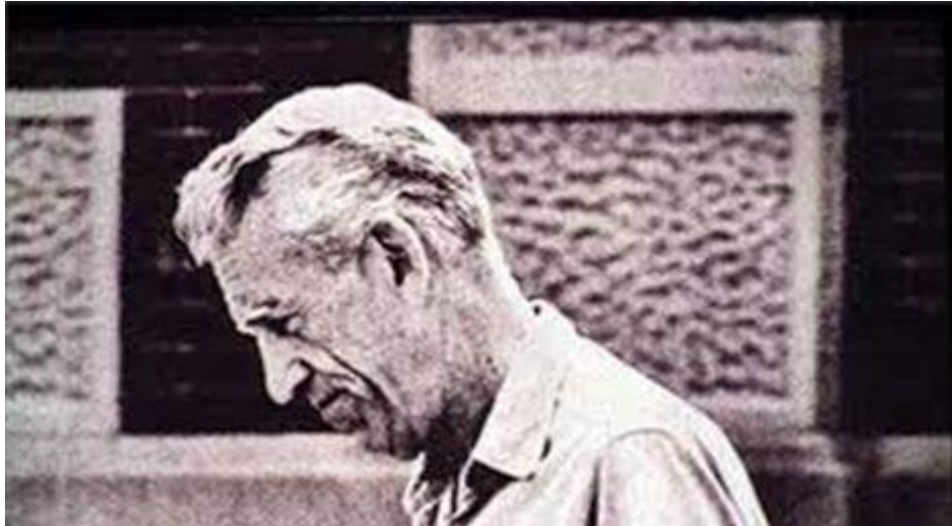
Fibi (despegando el rostro del sudor del muchacho): “¿Y a vos nunca te explicaron que cuando Dios se emborracha se transforma en el diablo? Mirá, Lore está hecha una lágrima en la mitad del baile de su vida. Eso es lo que me da asco de esta canción. Todo muy lindo, pero lo único que quería el guacho de mierda era hacer llorar a la que lo había dejado. Y vos también me usaste para eso.”

Daniel (cuando suena el acorde final de la canción): “Y pensar que a mí parecía que ‘If I fell’ terminaba bien.

Fibi: “Hubo un poeta que escribió: ‘¡No me admiró tu olvido! Aunque de un día / me admiró tu cariño mucho más, / porque lo que hay en mí que vale algo, / eso... ni lo pudiste sospechar’”.

Daniel (antes de abalanzarse a agarrar otra copa): “¿Por qué no te hacés monja?”.

6 / LA CULPA ES DE SALINGER / (“LA BALADA DE JOHN Y YOKO”)



Claire, una terapeuta junguiana y su hija Margaret, que estudia teología en una facultad jesuita aspirando a ordenarse como capellana, contemplan lacrimosamente la cobertura televisiva del asesinato de John Lennon, la noche del 8 de diciembre de 1980.

Claire: “¿Cuándo fue que se hospedaron con tu padre y tu hermano en la misma suite del hotel que habían ocupado los Beatles?”.

Margaret: “En el 66. Cuando ustedes ya estaban prácticamente divorciados. Fue genial. Recién habíamos llegado del dentista y papá cantó junto con nosotros en la cama ‘I want to hold your hand’ y ‘She loves you’”.

Claire: “Pero cuando los vimos debutar en el show de Ed Sullivan lo único que le gustó a tu padre fue la sincronización de la reverencia que hacían al final de cada canción. Le pareció de ‘estirpe provenzal’. Dijo que era un gesto escenográfico de una ‘fineza inconcebible’ en un país donde Elvis se hizo millonario moviendo las caderas en escena como si estuviera cojiendo”.

Margaret: “Me acuerdo. Y en el concierto que habían dado en el Royal Hall le encantó que Paul bromeara diciendo que la banda preferida de los Beatles era Sophie Tucker, aunque papá prefería ‘Till there was you’ cantada por Peggy Lee y no por Meredith Wilson”.

Claire: “Y Peggy Lee también le gustaba mucho aunque no lo enamoraba, porque la consideraba una ‘vieja’ que tenía dos años más que él”.

Margaret (arrancando otro Kleenex para arrasarse el llanto): “Lo que le dijo a la policía el asesino de John es demasiado horrible. Y en cualquier momento van a aparecer alguna foto de esas que le toman a escondidas a papá y la gente va a entender todo”.

Claire (levantándose para servirse dos dedos de bourbon puro): “¿Y qué sería entender todo?”.

Margaret (haciendo una pelota con varios kleenex empapados y hundiéndola en la papelería con la violencia de un basquetbolista): “Ya sabés de lo que hablo. Y vos sos la persona que sabe mejor en el mundo de lo que hablo: que el J.D. Salinger de los libros es el Dr. Jekyll y el Jerry Salinger que vive encerrado en el búnker de Cornish es Mr. Hyde”.

Claire: “¿Tu hermano piensa lo mismo?”.

Margaret: “Mi hermano debe pensar lo mismo pero miente porque necesita usar el apellido del ‘ermitaño genial’ para conseguir algún papel en Broadway. Y últimamente sueña con triunfar en el chiquero de Hollywood”.

Claire: “Carl G. Jung no pensaría lo mismo”.

Margaret: “Claro. Porque el ‘cristiano’ Carl G. Jung se acostó toda la vida con las pacientes para revitalizarse el ‘ánima’ y bla bla bla bla bla. Mirá: ahí apareció una foto que le acaba de teledirigir un paparazzi a papá en el momento que sale del correo de Cornish. Y mirá cómo agacha la cabeza el ‘santo’ que inventó a la inmaculadísima familia Glass: parece que la estuviera poniendo en la guillotina”.

Claire: “¿Y cómo es que se llama el gordito que asesinó a Lennon?”.

Margaret: “Mark David Chapman. Vino de Honolulu para matarlo y después de encajarle los cuatro balazos por la espalda esperó lo más tranquilo a la policía leyendo el último capítulo de ‘El guardián entre el centeno’ y les dijo que si querían saber por qué mandó el infierno al Beatle que canta ‘Imagine’ y vive con más lujos que Onassis leyeran las aventuras de Holden Caulfield y su denuncia a la puta hipocresía de los egos que gobiernan el mundo”.

Claire: “¿Te acordás cuando me dijiste que en el final de ‘Franny y Zooey’ Jerry llega a hacer sentir al lector que todos los seres humanos somos Jesucristo? ¿Tenés idea de lo que le costó escribir esa segunda parte que al principio le rechazaron hasta en el ‘New Yorker’?”.

Margaret: “Claro que me acuerdo. Y si no fuera el niño mimado del zar William Shawn jamás se la hubieran publicado. ¿Pero por qué te ponés a defender esa novela que siempre dijiste que se tendría que haber llamado “Claire y Jerry?”.

Claire (sirviéndose más bourbon): “Es que ya dejé de odiar a esa novela porque entendí lo que es la alquimia, Peggy”.

Margaret: “Y dale con el hipócrita de Jung”.

Claire (parándose para tirarle el bourbon a la cara a Margaret): “No te metas con mis maestros, manyasotanas de mierda”.

Margaret (sin secarse la mezcla de whisky y llanto que le cae goteando hasta los pechos): Dijiste ‘tus maestros’. ¿Quién sería el otro, además del padrillo suizo?”.

Claire: “Tu padre. Y si estudiás teología cristiana y no entendés que a la gente se la conoce por sus obras, dedícate a otra cosa”.

Margaret (levantándose para hacer una arcada sobre la papelera): “Algún día voy a escribir un libro contando ‘mi verdad’, como terminó haciendo la pobre Joyce Maynard”.

Claire: “La verdad es una sola. Y la traemos impresa en el corazón y nos cuesta toda la vida transformar el dolor en oro. No te olvides de poner eso en tu libro. Se llama al-quimia. Y si tenés ovarios explicá que el alma de Holden Caulfield es Phoebe girando sola en una calesita vacía abajo de una lluvia infernal, pero sonriéndonos a todos. Y de paso explíquenle al asesino que vino de Honolulu que el alma de John Lennon también era maravillosa como esa niña. Y que hace 10 años, cuando escribió ‘La balada de John y Yoko’, ya estaba provocando inconscientemente su crucifixión. Porque necesitaba ‘dar la vida’. Y que en el mundo los verdaderos árboles crecen escondidos en la tierra sagrada de cada uno hasta formar un bosque invertido, como siempre lo supo tu padre.

Margaret (secándose la cara con una pañoleta): “¿Y también puedo poner que todas las familias terminan volviéndose una mierda?”.

Claire:” Por supuesto. Y agregale que los que la pasan peor son los santos crucificados que hay en cada familia”.

7 / EL MIEDO A LA MUERTE ES IGUAL QUE UNA TENIA SAGINATA (“IN MY LIFE”)



Malena (75 años) conversa con su prima-hermana “Peque” (83 años), en una sala colectiva del hospital Pasteur.

Peque (riéndose con un tintineo juvenil): “¿Así que vos pensaste que me ibas a encontrar agonizando?”.

Malena: “Es que anteayer Fernando me llamó para pedirme que rezara porque acababan de operarte y estabas en un CTI, gravísima”.

Peque (acomodándose los alones del pelo suelto y rubio): “Es que en este país te hablan de dos tumores de colon y enseguida pensás en el cementerio. Y mirá que me encontraron una metástasis en el hígado y ya empezaron a hablar de la quimioterapia. Pero yo no le tengo miedo a nada. ¿Te acordás cómo le llamaba tu padre a la muerte? La ‘gran

aventura'. Y ustedes se reían de él y lo acusaban de delirante. Lo mismo que cuando hablaba de Artigas, de Teilhard de Chardin, de Jung y de Obdulio Varela”.

Malena (resoplando): “Es que te atomizaba. Todo el día con lo mismo”.

Peque: “¿Vos seguís pensando que la mejor canción de John Lennon es ‘In my life’”?

Malena: “Sí, claro. Ese tema lo llevás en la boca toda la vida, como decía papá”.

Peque: “Cierto, decía así. Y yo ahora me siento igual que John cuando escribió esa maravilla: me paso el día acordándome de cada momento, de cada cosa, de cada persona que me hizo feliz. Y al que quiero más de todos es a tu padre: mi sagrado tío Ariel”.

Malena: “Pa. Y pensar que después que se separaron con mamá yo casi le dejé de hablar”.

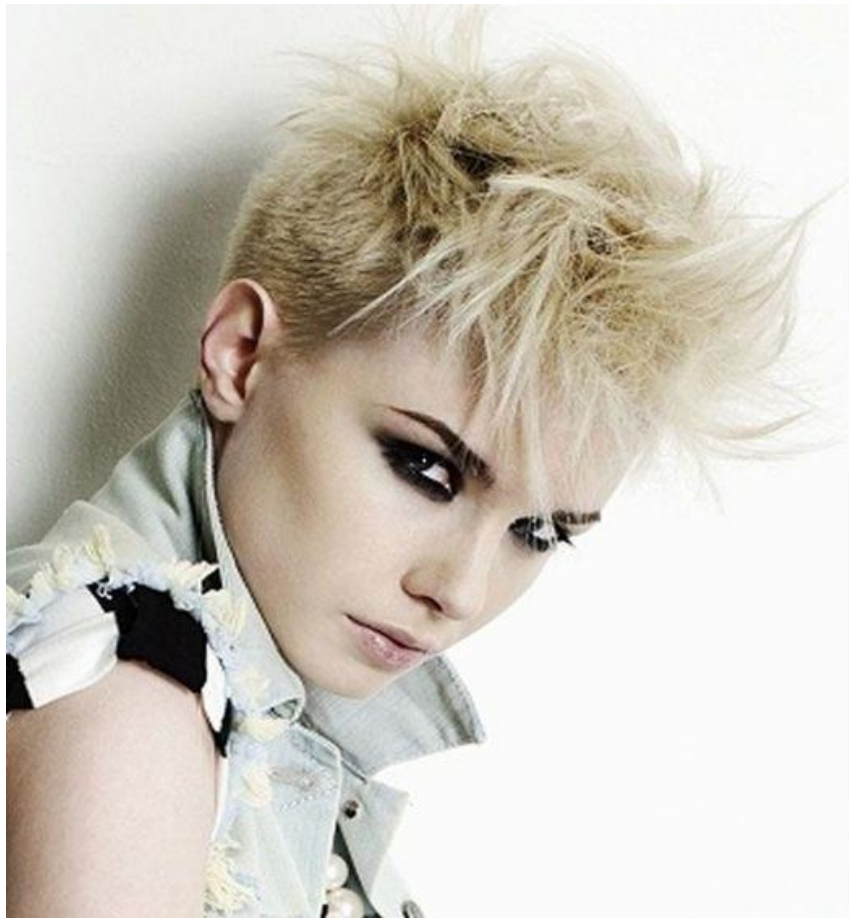
Peque: “Bueno, esas cosas pasan en todas las familias. Pero cuando todavía era soltero y vivió con nosotros en el Paso Molino me enseñó lo que importa. A mí en casa me decían la ‘Chimba’, que era una guacha histórica de un programa cómico de la radio. Pero a tu padre jamás me le pude encocarar, porque él tenía unos ojos y un bigote tan dulces que siempre lo escuchabas. Justo hoy estaba acordándome de algo que jamás me animé a contarle a nadie porque todavía me da vergüenza. Escuchá”.

Malena: “Pero si es tan terrible no me lo cuentes”.

Peque (largando una risita): “No pasa nada. Es que una vez fuimos de excursión al Chuy con la escuela y al poco tiempo empecé a comer como una bestia y mi madre decía que debía tener ‘la solitaria’. Y un día, paf, cagué un segmento parecido al de los fideos que se usan en los guisos (un ‘proglótido’, es el nombre científico) y el médico diagnosticó que debía tener una ‘tenia saginata’ de varios metros y me recetó unas pastillas que me la desprendieron de la noche a la mañana, aunque empezó a salir muy de a poco y entonces tu padre se frotó las manos con alcohol, me hizo sentar de costado en el water y se pasó horas arrancándome al bicho centímetro por centímetro hasta que lo metió en un bollón para que nos quedara de recuerdo. Y después me dijo: ‘Este parásito es como el miedo a la muerte: nos come el amor, Peque. Hay que saber sacárselo de arriba para vivir de veras’”.

Malena: “Gracias por contármelo”.

Peque: “Era lo menos que podía hacer después que te animaste a visitar a una ‘agonizante’ con una mirada igualita a la de tu padre”.



Shyra (23 años) entra en el apartamento donde vive su ex-marido Abel (26 años), vestida con una minifalda de jean estilo sixties y un top rosado.

Shyra (sacando los cigarrillos mientras chequea de reojo las rajaduras de humedad del monoambiente): "Necesitaba verte, flaco. ¿Cómo me queda el peinado a lo Bowie?".

Abel (acomodando la única silla que tiene frente al colchón que usa para dormir en el suelo): "Te pido por favor que no fumes. Acá corre poco aire. Te puedo hacer un té. Y hay pan y mortadela".

Shyra: "Ups. Yo traje un vinito para charlar más distendidos".

Abel: "Okey. Pero no tengo sacacorchos. Y hay nada más que un vaso y una taza".

Shyra: "No problem. Es un Don Pascual de rosca".

Abel (después que se sienta en el colchón para brindar con la muchacha exageradamente cruzada de piernas): "Parecés otra persona".

Shyra: “Sí. Y pienso ser una gran mujer. Vine porque necesito que el divorcio salga lo antes posible, flaco. Lo mejor es hacerlo con cinco testigos. Yo pago los gastos”.

Abel (abriendo la aplicación de YouTube en el celular): “Todo bien. Escuchá: hoy Hugo y Federico colgaron la versión española que les hice de ‘A world without love’ Es un tema que Macca le regaló a Peter Asher, cuando todavía estaban de novios con Jane. Los Beatles nunca lo grabaron”.

Shyra termina compulsivamente su vaso y se sirve otro mientras escuchan la primera mitad de la balada transcreada por su ex-marido: “No te quiero ver / pisar mi atardecer / aquí donde me escondo / canta el dolor / no me importan los besos del mundo / si falta el amor. / La luna se hundió / y un pájaro lloró / aquí donde sonrío / mi soledad / no me importa lo que grita el mundo / quiero la verdad. / Aquí espero para ver / un diamante amanecer / una estrella sonreirá / y cuando ella llegue ya no lloverá / miseria de amor / no vuelvas por favor / aquí donde me escondo brilla el dolor / no me importan los besos vacíos / soñar es mejor”.

Shyra (después de hacer fondo blanco con el segundo vaso): “Sacá eso de una vez, por favor. Paul debía estar en el kindergarten cuando la compuso. Che: ¿yo vine a despedirme toda producida y vos me salís con un romanticismo de parroquia? Mirá esta sorpresita” (y mientras prende un cigarrillo imitando la desfachatez de Sharon Stone en ‘Bajos instintos’ descruza las piernas para que se le entrevea el sexo desnudo). “Ta, ya se te paró. No tendría que hacer esto porque estoy comprometida pero la verdad es que me seguís calentando, flaco”.

Abel (parándose para arrancarle el cigarrillo y apagarlo hundiéndolo en su vino casi intacto): “Borrarte, gran mujer. ¿Vos te creés que no sé que lo primero que hacen cuando cambian de macho es podarse las crenchas?”

Shyra (contemplando con asco el monoambiente ya sombrío a las cinco de la tarde): “Quedate aquí en tu tumba, escritor de Canterville. ¿Así que seguís creyendo que te las sabés todas? Yo no preciso machos porque ya hace un mes que estoy viviendo con mi profesora de teatro y nos pensamos casar lo antes posible. Qué pena que no sepas adaptarte a las nuevas verdades”.

9 / UN ÁNGEL CON BASTÓN / “GOLDEN SLUMBERS”



Hotel Stella. París, 1975. La pianista uruguaya Verónica del Prado (75 años) golpea con el bastón en la pieza donde se hospeda el guitarrista uruguayo Pablo Regusci (25 años), que al otro día tiene que grabar “Fantasía para un gentilhombre” en Polydor.

Verónica (con la respiración muy agitada): "¿Acabo de escalar tres pisos con mi renguera auestas y ni siquiera me invita a pasar? No me diga que no está estudiando para el salto de garrocha que tiene que dar mañana”.

Pablo (arrimándole una silla): "Todavía no me animé a llamar a Vidal para avisarle que estoy medio muerto”.

"Verónica (disparándose tres veces con un inhalador): “¿Cómo era que se llamaba ese amigo que le mataron los fascistas?”.

Pablo: “Se llamaba Roberto, pero le decíamos Tito. La familia sigue considerándolo un desaparecido, y lo peor es que ahora no sé qué mierda hacer con esta noticia”.

Verónica: “No se ponga grosero. ¿Me puede mostrar el diario cubano?”.

Pablo: “Al ‘Granma’ lo tiré a la basura. No podía soportar seguir mirándolo”.

Verónica: “¿Y ahora dónde querría estar? ¿Militando en la clandestinidad para que lo llevaran preso y lo torturaran y lo mataran igual que al Tito en lugar de resistir repartiendo belleza? ¿Me permite el atrevimiento de pedirle que escuchemos juntos un tema de los Beatles?”.

Pablo: “Sí, por favor. Ya sabe que desde que estoy en París y Vidal me la recomendó como ‘pianista orquestal’ la considero mi ángel”.

Verónica: “No se olvide que Rainer María Rilke escribió que ‘todo ángel es terrible’. Me imagino que conoce ‘Abbey Road’”.

Pablo: “No. Lamentablemente, desde que me puse a estudiar en serio les perdí la pista a los Beatles. Ni siquiera conozco el ‘Álbum blanco’”.

Verónica (alcanzándole el vinilo): “Póngalo en el último surco de la cara B, pero córtelo antes que se enganche con otros temas. Se llama ‘Golden Slumbers’. Lo escribió y lo cantó Paul McCartney”.

Pablo (después de escuchar varias veces la canción y ya tirado en la cama): "Me hizo muy bien llorar".

Verónica: “Y además yo me doy cuenta de que son lágrimas doradas porque las estoy viendo. Cuando usted me llamó esta mañana para postergar el último ensayo me sentí ‘en misión’ de hacerle escuchar esto. Y entendí que McCartney también compuso esto ‘en misión’”.

Pablo: “¿Y eso que querría decir?”.

Verónica: “Repartiendo la invencibilidad del Espíritu Santo”.

Pablo: “Discúlpeme, Madame. Pero usted sabe bien que yo no soy católico”.

"Verónica: “Yo tampoco, Monsieur. Y McCartney tampoco”.

"Pablo: “Okey. Entonces mañana voy a tener que grabar por más muerto que me sienta”.

Verónica: “Es que todo lo verdaderamente hermoso lo tenemos que hacer para despedirnos recibiendo el mismo amor que dimos. Y esa frase también la escribió Paul McCartney”.

10 / CUANDO QUIERO LLORAR NO LLORO (“ACT NATURALLY”)

in memoriam Victoria Céspedes



En una discoteca vacía y con luz diurna se están filmando interiores de un largometraje uruguayo en el que se ridiculiza a la farándula porteño-puntaesteña. El Director y el Guionista esperan hace media hora a una actriz para completar una escena que quieren rodar antes de las once, cuando se abre el local que les prestan durante el día.

Guionista (mientras ven entrar corriendo a una escultural muchacha rubia de look glamoroso): “Carajo. ¿Y esta quién es?”.

Director: “Creo que es una modelo amiga de Ximena que estudia teatro y filma comerciales. Estamos fritos, loco”.

Actriz (agitadísima): “Antes que nada les pido disculpas en nombre de Ximena, que no tuvo ni tiempo para avisarles que le cambiaron la hora de la ecografía. Pero yo puedo suplantarla y adoro la escena que le tocaba hacer hoy. Perdón, me llamo Virginia Meli. Pero me dicen Barbie. Y miren que me pasé una semana ayudándola a ensayar la carcajada histérica. La puedo filmar de una”.

Director: “¿Y ella te comentó que aquí no hay dólares, rubia?”.

Barbie (sacando una carpeta y abriéndola en una hoja que tiene subrayada con amarillo fluor): “Por supuesto. Y está todo perfecto. Pero también me dijo que esto es cine de verdad y yo ya estoy podrida de filmar porquerías”.

Guionista: “Es una escena brava”.

Director: “Si querés la pasamos un par de veces antes de rodar, por lo menos”.

Barbie: “No, tranqui. Ya me quedó clarísimo: yo hago de secretaria estúpida y tengo que empezar a reírme cuando el que imita a Pergolini hace el comentario sobre la minita que se ahogó en Australia”.

Guionista: “Ahí va”.

Director (señalando la pieza donde esperan la camarógrafa y los dos actores): “No quiero dramatizar, pero mirá que para nosotros el arte es cuestión de vida o muerte”.

Barbie: “El problema es cuando no encontrás arte por ningún lado y ni siquiera podés llorar cada vez que te escupen”.

Guionista (contrabandeándole una guiñada al Director): “Tranqui, Virginia. Va a salir muy bien”.

Media hora después se empieza a filmar y el actor que imita a Mario Pergolini le pregunta al actor que imita a Jorge Rial: “¿Hay alguna noticia que valga la pena en ese diario?”.

Actor que imita a Rial: “Sí. Ayer en una playa de Australia una chica de quince años se ahogó haciendo sexo oral”.

Actor que imita a Pergolini (mirando a la cámara con una risa cómplice): “Uh, y el tipo debe haber pensado: 'Esta minita sí que está muerta conmigo’”.

Virginia (después de girar carcajeando histéricamente hasta terminar gimiendo arrodillada): “Carajo. Me hacía falta ser yo misma en público y no tener que llorar a escondidas cada vez que los tiburones de la farándula me tratan igual que si fuera un cacho de carne. Les puedo asegurar que ni siquiera tuve necesidad de actuar”.

El Director y el Guionista se miran sin contestarle.

11 / LO DIJO MELCHOR / “ALL YOU NEED IS LOVE”



El doctor José Rabí (38 años) y su esposa Brenda Pumar (36 años) salen del comedor y entran a la cocina mientras sus hijos Senel (7 años) y Paula o Poli (5 años) terminan de desenvolver los regalos dejados por los Reyes Magos, que incluyen un sobre que dice: “Carta de Melchor”.

Rabí (contemplando la jaula vacía de una hámster apodada Luli que murió el día anterior):

“Atención. Me parece que Senel le empezó a leer la carta a Poli”.

Brenda: “No entiendo cómo a tu hermano se le puede haber ocurrido meter ese sobre manchado de vino por abajo de la puerta sin avisarnos. Debía estar muy borracho”.

Rabí: “Es que no tuvo tiempo de avisarnos. Porque cuando me llamó a las dos de la mañana para leerme un poema y le conté lo de Luli y lo que les habíamos inventado a los chiquilines sobre el veterinario se puso a llorar a gritos y dijo: ‘Esto lo arregla Dios’”.

Brenda: Bueno, vos sabés que yo pienso que Jerónimo es un santo pero esta vez se zarpó mal. ¿Cómo nos va a obligar a enfardarle a los chiquilines una carta que ni siquiera leímos y que ellos van a considerar algo ‘sagrado’? Yo no creo en ‘lo sagrado’”.

En ese momento Poli y Senel entran a la cocina y la niña de facciones tahitianas sacude un papel manchado por huellas vinosas anunciando: “Melchor nos escribió una carta donde dice que anoche vio a una hámster blanca saludándolo desde el campito que está al lado de la Asociación Cristiana. Tenían razón ustedes. El veterinario la pudo curar pero tenía que seguir viviendo allí, pobrecita”.

Senel: “Es obvio que era Luli. Y además Melchor nos pide que escuchemos la canción ‘All you need is love’ de los Beatles y la bailemos juntos”.

Brenda: “Qué linda idea. Entonces pongan el disco de una vez. ¿Qué esperan?”.

Poli: “Mirá cuando le contemos este milagro al tío Jerónimo”.

Rabí: “El tío Jerónimo siempre dice que lo que llamamos ‘milagros’ son nada más que ‘plegarias atendidas’”.

Senel: “¿Y qué quiere decir plegarias atendidas?”.

Rabí: “Pedidos que escucha el cielo”.

Brenda: “Okey. Yo voy a poner el disco porque estoy viendo que aquí nadie le da mucha bola a Melchor. Y ahora me dieron ganas de pasarme bailando todo el día”.

Poli: “¿Sabés que este es el regalo más lindo que me trajeron los Reyes en toda mi vida, papá?”.

Senel (volviendo del teléfono). “Acabo de llamar al tío Jerónimo para contarle lo de la carta pero no me contestó”.

Brenda: “Capaz que anoche se pasó con el vino. Pero él sabe lo que hace”.

12 / ÉL ES MÁS YO QUE YO / (“SHE LOVES YOU”)



2009. Cornish, New Hampshire. El escritor J.D. (“Jerry”) Salinger (90 años), convaleciente de una fractura de cadera, conversa risueñamente (a pesar de una sordera ya casi total) con su hijo Matt (actor y productor de 49 años) en la casa de campo donde vive recluido desde 1953.

Matt: “¿Te acordás del día cuando al volver del dentista pasamos la noche en la misma suite del hotel donde se habían hospedado los Beatles?”.

Jerry (apantallándose un oído): “Escuché nada más que la última palabra, pero hoy preferiría no hablar de nada que tenga que ver con Sir John Lennon. La culpabilidad por haber escrito el maldito ‘Catcher’ que obsesionó a Chapman es como el olor de los compañeros calcinados en el frente: no se te borra más”.

Matt (levantando mucho la voz y ayudándose a hacerse comprender con gesticulaciones): “Pero ayer hubo un MILAGRO como cuando Colleen salvó tu VIDA y la de tus LIBROS INÉDITOS en el INCENDIO del 92”.

Jerry: “¿Y eso qué tiene que ver con los Beatles?”.

Matt: “¿No te acordás de que en la suite donde se habían hospedado cantaste con nosotros la canción SHE LOVES YOU?”.

Jerry: “De lo único que me acuerdo últimamente en las meditaciones es de que la muerte no existe porque existe Dios. Lo demás no me importa”.

Matt: “El MILAGRO es que tu hija PEGGY está arrepentida de haber escrito el libro donde te trató de MONSTRUO y me pidió que te lo dijera cantando SHE LOVES YOU YEAH YEAH YEAH SHE LOVES YOU YEAH YEAH YEAH YEEEEEEEEEAH.”

Jerry (agarrándose la cara): “Qué cosa más extraña. Es algo casi cómico”.

Matt (alcanzándole una libreta): “El problema es que ahora exige que le escribas unas líneas pidiéndole PERDÓN por lo que la hiciste SUFRIR con tu MACHISMO DÉSPOTA y las NOVIAS ADOLESCENTES que empezaste a traer a Cornish después del divorcio”.

Jerry: “Lo terrible es que debe seguir pensando que solamente amo de verdad a los personajes de mis libros. Especialmente a Seymour. Igual que tu madre”.

Matt: “YO NUNCA PENSÉ LO MISMO”.

Jerry (secándose la cara con la golilla que lleva en el cuello): “Habría que contestarle que mi EGO por lo menos aprendió a suicidarse. Y QUE YO HACE MUCHO QUE SOY NADA MÁS QUE LA CALAVERA DE YORICK Y QUE SEYMOUR GLASS ES MUCHO MÁS QUE YO Y QUE LA AMA ETERNAMENTE”.

Matt: “PERO SI LE DEVOLVÉS LA HOJA EN BLANCO NO VA A ENTENDERTE”.

Jerry: “No importa. Ella sabe muy bien que SOMOS LA DAMA TATUADA Y QUE NO VAMOS A DESCANSAR HASTA QUE TODA LA TRIBU LLEVE NUESTRO TATUAJE. POR ALGO SE HIZO CAPELLANA”.

Matt: “Tranquilo, papá. Últimamente vivís LLORANDO a cada rato, como los enfermos de PARKINSON”.

Jerry: “Pero no te olvides de que los paranoicos al revés nos reímos de felicidad recién cuando nos matan”.

13 / LA GALANTE CALAVERA (“WHILE MY GUITAR GENTLY WEEPS”)



Dos poetisas que usan tules negros se paran en la puerta del café “Polo Bamba” hasta localizar la silueta de un hombrón de mostachos muy tupidos que escribe de espaldas a la calle.

Delmira (murmurando): “Ahí está el elefantino. Aurelio del Hebrón no estaba equivocado cuando nos dijo que algunos sábados de tarde rompe con la rutina del encierro en la biblioteca para merendar en este ‘Ateneo decadentista’ y salir tambaleándose. Porque parece que el ‘gran hombre’ de renombre internacional ‘abstemio’ y ‘misógino’ no puede con su angustia”.

María Eugenia: “Ahora me vino el miedo. Cuando mi hermano se entere de que pisé el templo anarquista me mata”.

Delmira: “No jodas, nena. Hoy es un día de ajusticiamientos célebres”.

María Eugenia: “¿Será verdad lo del cognac?”.

Delmira (haciéndole una seña para que se calle mientras se acerca seductoramente al hombre que usa lentes con mucho aumento y corrige un manuscrito sentado frente a una taza floreada y una tetera): “Perdone esta interrupción de dos fervientes cultoras del modernismo, maestro. Pero necesitábamos localizarlo porque queremos hacerle entrega de un documento histórico”.

José Enrique Rodó (incorporando sus casi dos metros para reverenciar a las poetisas con el rostro enrojecido): “Ya estaba por retirarme pero sentaos, por favor. Siempre es un honor encontrarse con gente enamorada de lo inefable”.

Delmira (sacando dos hojas de un cartapacio): “Gracias por la invitación, maestro. Pero no estaría bien visto que dos mujeres solas formen corrillo en una mesa del ‘café de los intelectuales’”.

María Eugenia: “El discurso que os venimos a entregar fue escrito anoche mismo en una de estas mesas y leído este mediodía frente al Panteón Nacional, donde se quiso hacer creer que iban a descansar los restos del ‘divino imperator’ Julio Herrera y Reissig”.

José Enrique Rodó (dejándose caer sobre su silla para vaciar ansiosamente la taza floreada): “Ya me enteré del escándalo provocado por el joven Aurelio del Hebrón: otra vergüenza urdida por el jacobinismo anarquista”.

Delmira: “¿Puedo permitirme el atrevimiento de preguntarle si usted anoche concurrió al velatorio de Julio, por lo menos?”.

José Enrique Rodó (pasando del enrojecimiento abotagado a una palidez cerosa): “La verdad es que llegué hasta la puerta pero no quise entrar. Vi expresiones muy hostiles en algunos de estos muchachos que creen que para hacer poesía trascendente alcanza con imitar las salvajadas de Rimbaud”.

María Eugenia (frunciendo la gran nariz angulosa): “¿Ese té que degustáis es chino, maestro? Porque huele a cognac”.

Delmira (después que a Rodó se le escapa un eructo y se apantalla el aliento fingiendo un ataque de tos): “Pues hicisteis muy bien en no concurrir al sepelio de Julio, porque os ahorrasteis un disgusto de órdago. Escuchad este párrafo de la alocución que hoy cayó como una bomba en plena carnestolenda fúnebre: ‘¡Señores!: Yo no he venido aquí a hacer el panegírico de un muerto ilustre. No he venido a entonar loas ni a bordar bellas

frases. No he venido a hacer simplemente literatura. He venido a lanzar una verdad que tengo en la conciencia, he venido a decir una verdad pura y sencilla como fue el alma del que yace. La única venganza digna de su inmenso dolor y de su inmensa alma, es que ahora os obligue a escuchar la verdad, es que ahora os ponga frente a la verdad, a la indiscreta, a la impertinente verdad. Y la verdad es que vosotros, todos o casi todos los que rodeáis este cadáver, fuisteis sus enemigos. Por vosotros sufrió, por vosotros le fue amarga la vida. Este que aquí reposa libre de las miserias de los hombres, fue siempre un paria entre vosotros”.

José Enrique Rodó (con la falsa tos transformada en un atorón que lo hace corcovear lacrimosamente): “Basta, por Dios. ¿Qué queréis de mí?”.

María Eugenia: “Lo que acaso jamás podréis darnos, insigne paladín del arielismo: gracia de profundidad para reconocer el misterio inasible de la gran poesía”.

Delmira (señalando un puño de la camisa donde el hombrón lleva emborronados sus apuntes): “¿Por qué no juntáis fuerzas para preguntarle a Rubén Darío si considera que vuestros escritos pertenecen al reino del divino Alighieri o al racionalismo escéptico de Renan, que historió la vida de Jesús y fue incapaz de avizorar su “chispazo ultrarerrero?”.

María Eugenia: “Así como usted nunca se dio cuenta de que Julio fue el único de todos nosotros que se atrevió a excomulgar a la Ananké, maestro. Y por esa obsesión, la de morir alquimizado en el Divino Narciso que concibió Sor Juana, la toldería de Tontovideo va a seguir despreciándolo como a un perro morfinómano. Aunque entre la tristeza de nuestros atardeceres su guitarra seguirá llorando suavemente el delirio tremolante del gran Gaspar Sagreras”.

Delmira: “Este infierno estragado por la miopía de Calibán es así, señor Próspero. Acepta y en ocasiones hasta aplaude la utópica espiritualidad del ‘arielismo’ porque su protesta no es ‘indecente’, por lo menos. Pero rechaza a las ‘almas fúlgidas’ que sobrevuelan la ‘carne sombría’ en su afán de aferrarse a la cabeza de Dios”.

José Enrique Rodó (terminando de frotarse los lentes con un pañuelo muy sucio y levantando un brazo para llamar al mozo): “No os comprendo, señoritas”.

Delmira (guardando las hojas en el cartapacio): “Mejor es que conservemos nosotras la copia de esta joya que nos obsequió el autor de ‘Lulú Margat’. Y sepa usted, señor Próspero, que la inmensa mayoría de los cagatintas tontovideanos están condenados a vivir con las entrañas roídas por la galante calavera de Julio Herrera y Reissig”.

Las dos poetisas salen del café con un taconeo feroz y el diputado del partido de Batlle y Ordóñez paga la cuenta y antes de encasquetarse el bombín escribe temblonamente en uno de los puños de su camisa: “Me cago en mi miopía”.

14 / EL COLOR DEL AMOR (“BECAUSE”)



Isla de Lobos, Uruguay. Noviembre de 1969. El doctor Pettorossi (50 años) sale de un galpón donde se depositan las pieles y el aceite de los animales faenados durante la última zafra y encuentra al capataz Isaías Cruz (75 años) asando un cordero y escuchando una radio a transistores junto con la hija mayor del farero, Alondra (14 años).

Pettorossi (frotándose las manos mientras contempla la flotación rojiza del atardecer): “El perfume del costillar y esa música juntos parece que vinieran de otro mundo”.

Cruz (que ya lleva mediada una botella de sidra): “Dice la señorita que estos ángeles cantores son ingleses y se llaman Los Picles”.

Alondra (carcajearo al unísono con el doctor): “Los Beatles, Cruz. Los Beatles. Usté ya está muy sordo”.

Pettorossi: “Esa es una canción del último disco que acaban de sacar los melenudos. Mis hijos se pasan escuchándolo todo el día y no hay forma de aburrirse”.

Cruz: “¿Y usté puede entender lo que dicen, doctor?”.

Alondra (bajando el volumen de la radio después que termina “Because”): “Yo siento como si estuvieran hablando de un viento que hace enamorarse a los pajaritos”.

Pettorossi: “Bueno, una parte de la letra dice que el amor es viejo y nuevo al mismo tiempo. Y que a veces hasta te hace llorar”.

Cruz (levantando la botella): “¿Toma un trago, doctor?”.

Alondra: “Yo también quiero uno. Hoy ya voy por el tercero”.

El hombre flaco y bigotudo empina la botella y después se la pasa a la muchacha color canela, que parece tener los ojos avitralados.

Pettorossi (lamiéndose una lágrima): “Hoy el mundo está lindo”.

Cruz (después de terminar la botella y empezando a armar un naco): “¿Y qué importa si a veces las cosas son tan jodidas, noverdá? Tienen razón Los Picles”.

Alondra: “A mí lo que me costó horrible después que me operaron fue no olvidarme de los colores del atardecer”.

Cruz: “Y yo hubo un tiempo que me pasaba soñando con el mandinga de los temporales, señorita. Aunque desde que me decidí a ser gente me dejó más tranquilo”.

Alondra: “Estoy un poco mareada”.

Pettorossi: “Mejor no abra otra botella hasta que esté pronto el cordero, Isaías”.

Alondra: “A mí el mandinga que me engualichó los ojos fue un cacique gitano porque le pedí que resucitara a un angelito que estaban velando en el campamento que había cerca de casa y ahora sé lo que sienten los lobos cuando los arrastran hasta el corral para que el acodillador los pele con el naife”.

Cruz (contemplando el giro del faro): “Ya empezaron a aullar los pelucas perdedores. Pobres bichos. Aunque mire que aquí a nosotros siempre nos trataron peor que a ellos”.

Alondra: “Yo le perdí miedo al mandinga cuando el padre Jorge nos explicó que lo eterno es invisible”.

Pettorossi: “Eso es lo que me hizo sentir la canción de los Beatles”.

Cruz (arrimándole brasas al cordero y parpadeando frente al titilar de la costa): “Carajo. Esos ingleses enloquecieron a los pajaritos más que el atardecer”.

Alondra: “Y yo ahora escucho que hasta los lobos se están enamorando”.

16 / LA NIÑA INMORTAL ("I'M A LOSER")



Julio de 1972. Yuyo (un pintor soltero de 28 años) enciende una estufa a gas y empieza a desvestirse mientras Gabi (22 años, casada hace ocho meses y recién separada) sale desnuda del baño para meterse en la cama de una plaza tapándose hasta el cuello.

Yuyo: “Qué tetas tenés, yegüita. Ahora me falta nada más que descolgar el teléfono para comerte tranquilo en dos panes y se te pasa el frío”.

En ese momento suena el teléfono y el hombre se arranca los zapatos puteando.

Gabi: “No atiendas, por favor”.

Yuyo (metiéndose en la cama y estirando el brazo para agarrar el aparato): “Es que mi madre ayer se enteró de que el tumor del pulmón es maligno y se puso insoportable”. (Levanta el tubo para sostenerlo entre el hombro y la oreja y con la otra mano le acaricia los pechos a la muchacha). “Hola, vieja. ¿Cómo te fue con la nebulización?”.

Abel (el marido de Gabi): “Soy yo, Yuyo. Por fin te localizo ¿Dónde te metiste, loco?”.

Yuyo: “Ando pintando mucho. Y además mi vieja está muy jodida y me llama a cada rato. Te felicito por la mención que te dieron en ‘Marcha’. Te la merecés”.

Abel: “¿Te acordás que a vos siempre te gustó ese cuento? Lo terrible es tener que agradecer las felicitaciones de todo el mundo cuando lo único que quiero es morirme”.

Yuyo (tratando de volver a acariciarle los pechos a la muchacha, que escucha la conversación como si tuviera un chucho solemne): “Mirá, a mí no me gusta meterme en los líos de los demás. Aunque te advertí que era muy peligroso que se hiciera el aborto”.

Abel: “Hoy el Viejo me dijo que Gabi ya se emputeció”.

Yuyo (mientras saca la mano de abajo de la colcha): “Pero no le des pelota al Viejo, que bien que se babea por ella. Hay muchos pibes para este trompo, hermano”.

Abel: “Pero el Viejo y yo somos amigos desde el primer día que nos conocimos. ¿Te puedo contar algo que jamás le conté a nadie?”.

Yuyo (prendiendo temblonamente un cigarrillo): “Claro. Somos amigos, ¿no?”.

Abel: “Nosotros con Gabi inventamos un juego que era mucho más que un juego: nos hablábamos con voces de niños. Ella era Valeria y yo Aureliano. Eran los nombres que le íbamos a poner a nuestros hijos. Y yo adoraba a Valeria. Y a la que extraño más es a ella”.

Yuyo (tratando de agarrar a la muchacha para que no se escape de la cama): “Bueno, yo no soy psicólogo. Pero es algo muy raro”.

Abel: “Lo terrible es que esa voz era lo único que me sacaba el miedo a la muerte y a la nada. Y al final la matamos”.

Yuyo: “No te pongas melodramático, por Dios. Parecés Malcolm Lowry”.

Abel: “Pero Lowry creía en Dios. Y yo no puedo creer. Sin Valeria no puedo”.

Yuyo (tirando el cigarrillo a medio fumar mientras Gabi se viste con la cara empapada): “Todas son putas, loco. El Viejo se lo hace decir a Larsen en ‘El astillero’”.

Abel (gritando): “No. Larsen dice ‘Todas son locas’”.

Yuyo (viendo salir a Gabi de su taller): “Andá a cagar, cornudo. Y aceptá de una vez que la inmortalidad no existe”. (Y después que Abel cuelga sin contestarle deshace la cama a patadas murmurando): “Yegüita de mierda”.

17 / VUELO NOCTURNO (“BLACKBIRD”)



Senel rabí (16 años) contempla el estrellerío sin luna tirado en el jardín y de golpe oye acercarse los pasos de su madre, Brenda (40 años).

Brenda (que está descalza y en camisón): “Son las tres de la mañana, hijito”.

Senel (prendiendo un cigarrillo sin cambiar de posición): “Es una noche hermosa”.

Brenda: “¿Vos pensás que no te escucho escaparte por la ventana para tratar de agarrarte una pulmonía imitando a tu tío?”.

Senel: “A mi tío y a mi abuelo, que fue el primero que empezó a darse baños de estrellas en Atlántida”.

Brenda: “Sí. La locura mística es hereditaria”.

Senel: “¿Vos sabías que Jerónimo siempre se da estos baños pensando en el ‘Blackbird’ que Paul McCartney escribió después de leer una noticia sobre la discriminación racial? Pero él siente que el pájaro representa al alma decidiéndose a volar liberada hasta los brazos del Esposo, como en la ‘Noche oscura’ de San Juan de la Cruz”.

Brenda: “No me empieces a hablar en sánscrito. Esperá que venga tu padre de la guardia y se dan de bomba con todo eso. Hoy Sabrina hubiera cumplido once años. ¿O ya te olvidaste de la fecha?”.

Senel: “De lo que me acuerdo es cómo el tío nos convenció de que la despidiéramos bailando ‘A rodar la vida’ en el comedor. Fue algo glorioso”.

Brenda (casi chillando): “¿Tenés que prender un cigarrillo atrás del otro? ¿Alguna vez trataste de imaginarte lo que se siente cuando perdés una nena de ocho meses por una gripe de mierda y ahora se te ocurrió buscarte un cáncer de pulmón?”.

Senel: “Vas a despertar a Poli. Y mirá que puso el despertador a las siete porque le corrieron el concierto para el jueves”.

Brenda: “¿Y te creés que no estoy enterada, aparte de darme cuenta de que cada vez estudia menos?. Hace llorar a Olga, Senel”.

Senel: “Decime: ¿vos te acordás de la letra de ‘Blackbird’?”.

Brenda: “No empieces a joderme con los análisis de asado que inventan con tu padre y Jerónimo mientras le dan al whisky. A mí siempre me encantó esa balada, pero al que oigo es a Paul cantando como un pájaro. ¿Qué me puede importar la letra?”.

Senel: “Es que parece mentira que nunca te hayas dado cuenta que Macca le está pidiendo a un mirlo que levante las alas heridas y los ojos rotos para poder volar libre en un cielo como el de esta noche. ¿O también compraste el verso paranoico de que Macca era nada más que un genio vacío que le boicoteaba las canciones a Lennon?”.

Brenda: “No grites vos, ahora”.

Senel: “Pero carajo: ¿es tan difícil acordarse de que todos vamos a ser Sabrina cuando nos llegue el momento y que vamos a precisar que los que están al lado nos ayuden a escaparnos en paz de este infierno?”.

Brenda (señalando unos faros que suben a la vereda): “Allí llega tu padre. Ahora ya tenés a otro ‘todólogo’ dueño de la sabiduría milenaria para seguir payando. Y lo peor es que los cuerdos terminemos sintiendo que ustedes son más felices que nosotros”.

18 / AMORES PERROS (“DON’T BOTHER ME”)



La poeta Lisa Cal (60 años) telefona por Messenger al poeta y narrador Renzo Regusci (66 años), que está acostado escuchando en la oscuridad un quinteto de Mozart.

Lisa: “Bueno, por fin logro que atiendas. Ay, adoro esa música. La adoro de ro-di-llas”.

Renzo: “Me parece que te olvidaste de preguntarme si te podía atender”.

Lisa: “Es que soy muy impulsiva. Y muy desobediente. Ya van tres veces que te mensajeo invitándote a conocernos personalmente viendo un atardecer desde mi octavo piso de la Plaza Gomensoro y ni me contestás. Ay, no saques esa música. El soneto dedicado a Amadeus que posteaste ayer en Facebook me hizo tocar el cielo”.

Renzo: “Favor que usted me hace, diría Levbrero”.

Lisa: “Uy, se te nota triste”.

Renzo: “Es que estaba pensando en el día en el que tuve que matar a la compañera que más me quiso en la vida”.

Lisa: “¿Vos sos divorciado o viudo?”.

Renzo: “Divorciado. Dos veces.”

Lisa: “¿Y te puedo preguntar cómo se llamaba la compañera que tanto te quiso?”.

Renzo: “Lola”.

Lisa: “¿Y por qué decís que tuviste que matarla? Dios mío, estoy completamente erizada”.

Renzo: “Hubo que sacrificarla porque hacía días que no podía pararse y ya no tomaba ni agua. Lo increíble es que media hora antes de que le inyectaran un sedante se levantó y

dio una vueltita por la casa. Fue un milagro. Jamás pude entender de dónde sacó esa fuerza para despedirse”.

Lisa: “Ups. Si seré idiota que recién me doy cuenta de que me estás hablando de un animal”.

Renzo: “Te estoy hablando de un alma. Y no nombres a Dios si lo único que te interesa es ver atardecer encamada con un poeta”.

Lisa: “¿Pero se puede saber por qué me estás tratando como si fuera una perra?”.

Renzo: “Qué más quisieras vos que tener el alma de Lola. Mirá, una vez me desperté sin acordarme de lo que había pasado el día anterior porque volví borracho, y apenas mi ex-mujer prendió la luz Lola llegó galopando de la cocina y se estiró para abrigarme todo el cuerpo. Y cuando los del Parque del Recuerdo trajeron el cajoncito me sentí Charlie Parker llorando a Bee. Nunca lloré tanto a nadie. Y mi ex-mujer hasta se fastidió”.

Lisa: “Pobrecita tu ex-mujer. Y pensar que yo leo lo que posteás desde hace años y pensaba que eras un hombre luminoso”.

Renzo: “¿Nunca oíste decir que nos conocen por nuestras obras? Hay una carta que el Mozart que adorás de ro-di-llas le escribió a la prima contándole que un día en París se tiró un pedo terrible frente a la madre y le dijo que lo que habían oído era el ruido de un carruaje. Y sin embargo en otra carta le confesó al padre que nunca se dormía sin agradecerle a Dios que existiera la muerte para que pudiéramos conocer el domingo sin ocaso. Y vos me venir a joder con la Plaza Gomensoro”.

Lisa: “Bueno. Morite pronto, entonces”.

19 / MACONDO ERA UN INFIERNO (“LET IT BE”)



La conductora del programa radial “Para abrir la noche”, Victoria Cisneros (50 años) entrevista telefónicamente al poeta y narrador Renzo Regusci (75 años) a propósito del megaespectáculo “Macondo”, a estrenarse en octubre en Montevideo con el auspicio de la “Fundación Gabo”, creada en 1995 por el propio Gabriel García Márquez.

Victoria: “Buenas noches, Renzo. Te agradezco especialmente la participación en el programa de hoy porque tengo a la vista la obituarial titulada ‘La fiesta vacía’ que publicaste en elMontevideano Laboratorio de Artes en 2014 y sospecho que esta experiencia calificada como un ‘evento pospandémico multisensorial’ te debe amargar o disgustar bastante”.

Renzo: “El agradecido soy yo, Victoria. Y permítame rectificar en parte tu expresión, porque hoy escuché a una de las principales gestoras definir a este ‘circo verde’ como un ‘milagro laico’ y eso me hizo reír mucho, ya que cualquiera sabe que ‘milagro’ se le llama a un ‘suceso extraordinario y maravilloso que no puede explicarse por las leyes de la naturaleza y que se atribuye a la intervención de Dios o de un ser sobrenatural’. Google dixit. Ergo: Google peca de clericalista o la gestora cultural de laicista”.

Victoria: “Bueno, yo no creo que esos matices lingüísticos sean tan importantes”.

Renzo: “Yo creo que son importantísimas para confirmar que en Tontovideo vivimos en el reino de la incoherencia impune desde que Frutos se prestó a comandar la traición lautarina al Protector y nunca pudimos ser un pueblo artiguistamente libre”.

Victoria: “Ahora me estás haciendo acordar a tu tan querido Manuel Espínola Gómez”.

Renzo: “Exactamente. Manolo decía que la ‘cultura oficial’ que está haciendo irse a pique a esta república desalmada estuvo siempre estuvo en manos de criminales”.

Victoria: “Pero vos valorás el legado de García Márquez”.

Renzo: “Sí, claro. Para mí fue un referente fundamental en lo que tiene que ver con la orfebrería de la frase tanto como lo fue el Mozart de la sinfonía concertante para vientos, por ejemplo, y eso ya es decir mucho. Pero el problema es que Mozart creía en los milagros llenos de Espíritu y García Márquez en el malabarismo de la magia vacía”.

Victoria: “¿Te parece vacía la ascensión de Remedios la Bella?”.

Renzo: “No. Eso es hermosísimo. Y es lo mismo que le pasó a McCartney cuando vio en sueños a su ‘Mother Mary’. Pero los Beatles se expresaron con lo que Onetti llamaba ‘gracia de profundidad’ y García Márquez no. Porque él siempre deificó a la soledad por un problema de incompletud filosófica, y eso no te conduce ni a Dios ni a la nada. Y todos los que lo idolatran terminan por hundirse en el pantano de ese agnosticismo inocuo. No importa que sea ‘verde’ o ‘gris’. Y que conste que no me estoy refiriendo al pueblo-pueblo sino a las dirigencias adictas al poder, cualquiera sea la bandería política imperante”.

Victoria: “Entonces vos pensás que Macondo no es una fiesta de la imaginación casi todopoderosa, como se pretende mostrarlo”.

Renzo: “No. Porque donde no hay amor hay infierno. Y permitime otra rectificación: en estos ‘experiencias’ de ‘prestidigitación de corte ‘milagrero’ lo que se pretende no es mostrar a Macondo sino venderle espejismos al rebaño. Y eso me llena de asco”.

20 / DESDE EL ORCO CON AMOR (“HELP!”)



URSS, julio de 1989. El escritor uruguayo Renzo Regusci (41 años), que llegó hace cuatro días a Moscú después de participar en un congreso mundial realizado en la ciudad finlandesa de Lahti, sale de ver una gigantesca muestra de Gauguin junto a su guía, Vladimir Corsun (33 años) después de haber comido una pizza acompañada por un café a la turca en el lobby del museo.

Renzo (mientras suben al coche que un día por medio los pasea desde las 10 de la mañana a las 18): “Nunca pensé que a Gauguin lo inspirara tanto el cristianismo. ¿Viste en cuántos cuadros pintó un pequeño pesebre al lado de las mujeres tahitianas?”.

Vladimir: “¿Y qué vendría ser un pesebre, camarada?”.

Renzo: “Bueno, no sé cómo le dicen aquí al establo donde nació Jesús”.

Vladimir: “Aquí de Jesús no sabemos nada, y la mayoría de los historiadores creen que no existió y que todo lo que se habla sobre él está basado en leyendas. ¿Se siente mal?”.

Renzo (con el rostro muy sudado y muy pálido): “Ayer la banda que actúa en el hotel imitando a los Beatles tocó ‘Help!’? ¿Conocés esa canción?”.

Vladimir: “Sí. Creo que es la que Lennon escribió cuando la vida se le fue volviendo un infierno”.

Renzo: “Bueno, yo en este momento me siento así. ¿Por qué me preguntaste el primer día si quería que me mostraras o me escondieras la verdad sobre el glorioso socialismo real?”.

Vladimir: “Porque mi madre dice que si todos los hipócritas volaran no veríamos el sol. Yo no creo en nada, pero pienso que el verdadero opio de los pueblos son las utopías. Acá todo es mentira. ¿No vio que la mancha que tiene Gorbachov en la frente es igual al mapa de Afganistán?”.

Renzo (riéndose un poco): “Lo peor es que en este momento hay una sola persona con la que quisiera hablar en el universo, y es mi padre. Pero murió hace diez años”.

Vladimir (dándole una orden al chofer): “Me enteré que Greyding no le consiguió pasaje para ir a Yasnaia Poliana, y fue por pereza burocrática. Él tenía la obligación de cumplir con usted porque existe un convenio gremial, pero ese hombre es incapaz de querer a nadie. Y yo ahora por lo menos le voy a hacer conocer la casa de invierno de Tolstoi”.

Renzo (después que salen de recorrer el caserón de chapa y madera donde fue redactada “La muerte de Iván Ilich”): “Nunca pensé que podría conocer el lugar donde se escribió el mejor cuento del mundo. ¿Querés bajarte a brindar por esta maravilla?”.

Vladimir: “No, muchas gracias. Yo leí muy poco a Tolstoi, ¿pero no se dio cuenta que esa piecita era como un ataúd? Ese hombre estaba muerto”.

Renzo (parado en los escalones de la entrada del hotel Ukraina y saludando con un brazo hacia el auto donde se aleja Vladimir): “Pero supo resucitar junto con Ivan Ilich, hermano”. (Después camina hacia la rambla donde hay estacionada una hilera de camiones que vienen de los Urales y saca una libreta y una birome del bolso para apuntar, recostado en el barandal que da al río Moscova: “(Casa de Tolstoi) / Padre / hoy he vuelto a ver / ocultarse tu amado corazón amarillo. / Porque no hay animal que no esplenda sus huesos / cuando se alza el dolor secreto de la historia”.

